

SILLÓN DE OREJAS

Residentes perpetuos

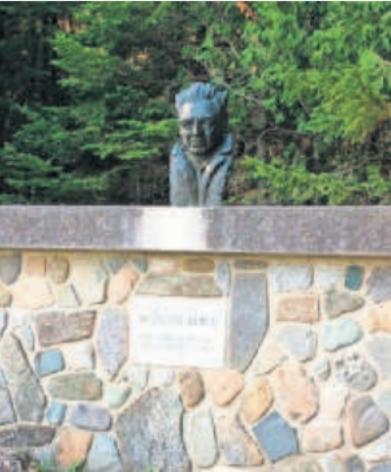
Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Necrofilias

Llámame necrófilo, pero algunas de las fotos que más aprecio son las que me hicieron ante la tumba de personajes que admiro o he admirado. Igual que pasa con las segundas filas de las estanterías de una biblioteca personal, las fotos de tumbas visitadas denuncian distintas fases y entusiasmos de la sensibilidad de cada cual. Tengo, por ejemplo, una imagen con Vila-Matas muy cerca de la tumba de Kafka, en el Nuevo Cementerio Judío de Praga,

tomada un día muy soleado y en presencia de Mercedes Monmany, cuando todos nos queríamos. Tengo, por supuesto, fotos ante la tumba de los Faulkner, en el Oxford Memorial Cemetery (Oxford, Misisipi), o ante los enterramientos, sepulturas o cenotafios (los hay de todo tipo, como los hoteles) de Daniel Defoe (Bunhill Fields, Londres), Sigmund Freud, Bram Stoker o Kathleen Ferrier (Golders Green, Londres), Lu Xun (cementerio de Wanguo, Shanghái), Wilhelm

Reich en el bosque que rodea a su casa-fortaleza de Orgonon (Rangeley, Maine), de Dorothy Parker, Herman Melville o Miles Davis en el cementerio de Woodlawn (The Bronx, Nueva York), de Enrique Santos Discépolo (La Chacarita, Buenos Aires), Victoria Ocampo, Bioy Casares o Macedonio Fernández (La Recoleta, Buenos Aires), de Cortázar, Beauvoir y Sartre, Proudhon o Baudelaire en el cementerio de Montparnasse, de Proust, Apollinaire, Balzac o Abelardo y Eloísa en el laberíntico Père Lachai-



Tumba de Wilhelm Reich, en Rangeley (Maine, EE UU). M. R. R.

se, del que nunca me voy sin rendir homenaje al Muro de los Federados que recuerda a los 147 fusilados de la Comuna de 1871, de la que este año se conmemora el 150º aniversario (véase, por ejemplo, la recopilación, coordinada por Miguel Urbán y Jaime Pastor, *Viva la Comuna!*, en la que también colaboran, entre otros rojos conspicuos, Daniel Bensaïd y Michael Löwy; editorial Bellaterra). Total: que nunca me voy de una ciudad sin visitar sus cementerios, esos lugares ge-

neralmente tranquilos y agradables (y no lo digo por Père Lachaise, tan bien descrito por Balzac en *Ferragus, jefe de los Devorantes*, editorial Minúscula, o por Flaubert en *La educación sentimental*, múltiples ediciones) en los que residen permanentemente, y se avecinan disparatadamente, entre obeliscos, aparatosas estatuas de ángeles de la muerte, urnas y esferas pétreas, criptas lovecraftianas, fuentes de las que solo mana el polvo, epitafios grabados a cincel, y vegetaciones con aroma a muerte, gentes cuyas obras

El País - Babelia 12/06/21

me dejaron huella. Mi pasión por los cementerios me ha llevado a visitar incluso algunos falsos, como el ajetreado cementerio de Sad Hill donde tiene lugar la última escena (escalofriante música de Morricone) de *El bueno, el feo y el malo* (1966), del gran Sergio Leone: en realidad, el camposanto estaba en Santo Domingo de Silos y sus tumbas fueron plantadas en una sola noche por el ejército de Franco. Todo lo anterior me lo ha evocado la lectura reciente de la reedición, convenientemente aumentada, de *Alguien camina sobre tu tumba* (Anagrama), de Mariana Enriquez, un conjunto de crónicas por 24 cementerios dispersos por el mundo, repletas de humor (no siempre negro) a cargo de una de las narradoras latinoamericanas imprescindibles y con la que comparto la fascinación por las necrópolis y sus habitantes (en el sentido que se da a los que pueblan la Comala de Rulfo). Un *travelogue* muy apropiado para turistas de nuestro *Zeitgeist*.
